

Carlos Pellicer

## Discurso por las flores

### Poema original:

Entre todas las flores, señoras y señores,  
es el lirio morado la que mas me alucina.  
Andando una mañana solo por Palestina,  
algo de mi conciencia con morados colores  
tomó forma de flor y careció de espinas.

El aire con un pétalo tocaba las colinas  
que inaugura la piedra de los alrededores.

Ser flor es ser un poco de colores con brisa.  
Sueño de cada flor la mañana revisa  
con los dedos mojados y los pómulos duros  
de ponerse en la cara la humedad de tos muros,

El reino vegetal es un país lejano  
aun cuando nosotros creámoslo a la mano.  
Difícil es llegar a esbeltas latitudes;  
mejor que doña Brújula, los jóvenes laúdes.  
Las palabras con ritmo —camino del poema—  
se adhieren a la intacta sospecha de una yema.  
Algo en mi sangre viaja con voz de clorofila.  
Cuando a un árbol le doy la rama de mi mano  
siento la conexión y lo que se destila  
en el alma cuando alguien está junto a un hermano.  
Hace poco, en Tabasco, la gran ceiba de Atasta  
me entregó cinco rumbos de su existencia. Izó  
las más altas banderas que en su memoria vasta  
el viento de los siglos inútilmente ajó.

Estar árbol a veces, es quedarse mirando  
(sin dejar de crecer) el agua humanidad  
y llenarse de pájaros para poder, cantando,  
reflejar en las ondas quietud y soledad.

Ser flor es ser un poco de colores con brisa;  
la vida de una flor cabe en una sonrisa.  
Las orquídeas penumbras mueren de una mirada

mal puesta de los hombres que no saben ver nada.  
En los nidos de orquídeas la noche pone un huevo  
y al otro día nace color de color nuevo.  
La orquídea es una flor de origen submarino.  
Una vez a unos hongos, allá por Tepoztlán,  
los hallé recordando la historia y el destino  
de esas flores que anidan tan distantes del mar.

Cuando el nopal florece hay un ligero aumento  
de luz. Por fuerza hidráulica el nopal multiplica  
su imagen. Y entre espinas con que se da tormento,  
momento colibrí a la flor califica.

El pueblo mexicano tiene dos obsesiones:  
el gusto por la muerte y el amor a las flores.  
Antes de que nosotros "habláramos castilla"  
hubo un día del mes consagrado a la muerte;  
había extraña guerra que llamaron florida  
y en sangre los altares chorreaban buena suerte.

También el calendario registra un día flor.  
Día Xóchitl, Xochipilli se desnudó al amor  
de las flores. Sus piernas, sus hombros, sus rodillas  
tienen flores. Sus dedos en hueco, tienen flores  
frescas a cada hora. En su máscara brilla  
la sonrisa profunda de todos los amores.

(Por las calles aún vemos cargadas de alcatraces  
a esas jóvenes indias en que Diego Rivera  
halló a través de siglos los eternos enlaces  
de un pueblo en pie que siembra la misma  
primavera).

A sangre y flor el pueblo mexicano ha vivido.  
Vive de sangre y flor su recuerdo y su olvido.  
(Cuando estas cosas digo mi corazón se ahonda  
en mi lecho de piedra de agua clara y redonda).

Si está herido de rosas un jardín, los gorriones  
le romperán con vidrio sonoros corazones  
de gorriones de vidrio, y el rosal más herido  
deshojará una rosa allá por los rincones,  
donde los nomeolvides en silencio han sufrido.

Nada nos hiere tanto como hallar una flor  
sepultada en las páginas de un libro. La lectura

calla; y en nuestros ojos, lo triste del amor  
humedece la flor de una antigua ternura.

(Como ustedes han visto, señoras y señores,  
hay tristeza también en esto de las flores).

Claro que en el clarísimo jardín de abril y mayo  
todo se ve de frente y nada de soslayo.  
Es uno tan jardín entonces que la tierra  
mueve gozosamente la negrura que encierra,  
y el alma vegetal que hay en la vida humana  
crea el cielo y las nubes que inventan la mañana.

Estos mayos y abrils se alargan hasta octubre.  
Todo el Valle de México de colores se cubre  
y hay en su poesía de otoñal primavera  
un largo sentimiento de esperanza que espera.  
Siempre por esos días salgo al campo. (Yo siempre  
salgo al campo). La lluvia y el hombre como siempre  
hacen temblar el campo. Ese último jardín,  
en el valle de octubre, tiene un profundo fin.

Yo quisiera decirle otra frase a la orquídea;  
esa frase sería una frase lapídea;  
mas tengo ya las manos tan silvestres que en vano  
saldrían las palabras perfectas de mi mano.

Que la última flor de esta prosa con flores  
séala un pensamiento. (De pensar lo que siento  
al sentir lo que piensan las flores, los colores  
de la cara poética los desvanece el viento  
que oculta en jacarandas las palabras mejores).

Quiero que nadie sepa que estoy enamorado.  
De esto entienden y escuchan solamente las flores.  
A decir me acompañe cualquier lirio morado:  
señoras y señores, aquí hemos terminado.